

Para Moisés Rosas Silva

La pobreza, aunque sin duda desanima los matrimonios, no los impide totalmente, y aún parece, en cierto modo, dar pábulo a la procreación. Una montañesa, aunque medio muerta de hambre, tiene por lo común más de veinte hijos, mientras que una dama criada en la abundancia es a menudo incapaz de tener más de uno y se agota cuando da a luz dos o tres. La esterilidad, tan frecuente entre las mujeres de alto rango, es muy rara en las clases inferiores. El lujo, en el bello sexo, si por un lado inflama la pasión por el goce, parece que debilita siempre, y a veces destruye totalmente las facultades reproductivas.

Pero la pobreza, aunque no es obstáculo para la reproducción, es en extremo desfavorable para la crianza de los hijos. Germina la tierna planta, pero en un suelo tan árido y en un clima tan frío muy pronto se marchita y muere. Se oye decir con frecuencia que en las tierras altas de Escocia la madre que ha tenido veinte hijos apenas conserva dos.

Varios funcionarios de gran experiencia nos han asegurado que al hacer la recluta para sus regimientos no han podido siquiera suplir la falta de pífanos y tambores entre los niños de sus mismos soldados. A pesar de que es difícil encontrar en parte alguna más criaturas que en las barracas de los soldados, son muy pocos los que llegan a la edad de trece o catorce años. En ciertos lugares mueren, por lo regular, antes de la edad de cuatro años, en otros antes de los siete, y en los más sin llegar a los diez. Esta gran mortalidad se advierte generalmente entre los hijos de las clases bajas que no pueden cuidarlos con la misma solicitud que los de mejor condición. Aun cuando sus matrimonios son más fecundos que los de las clases altas, sólo una pequeña proporción de sus hijos alcanza la madurez.

En los hospicios y en los asilos de parroquias la mortalidad entre los niños del pueblo bajo es todavía mayor.¹

Esta cita extensa de Adam Smith, permite ubicar el problema de la relación pobreza-población-demografía, y el compromiso que el capitalismo ha asumido como sistema social productor de riqueza.

* Profesor adscrito a la Coordinación de Administración Pública de la FCPyS-UNAM.

¹ Adam Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981, p. 77.

La relación entre la economía y la demografía ha corroborado estas propuestas que desde el principio se presentan en el pensamiento económico. Los demógrafos plantean su reflexión sobre los resultados.

Antes del siglo XVIII y en alguna medida en ese siglo, tierra y trabajo fueron observados como factores principales de la producción o fuentes de potencia productiva, y el trabajo fue considerado en mucho el más importante. La significación de los roles del capital y de la empresa parece haber sido grandemente subestimada, en parte porque la proporción de cambios tecnológicos a la vez que su difusión permaneció bajo largo tiempo. Por lo tanto, en suma, durante y después del siglo XVI se vino a dar gran importancia a la población y su crecimiento porque se creía que tal crecimiento significaba un crecimiento correspondiente de la población económicamente activa, considerada entonces la fuente principal de potencia productiva, dado que la población económicamente activa era efectivamente empleada.²

El momento en el cual el crecimiento de la población se manifestaba en un ejército de reserva amplio, este problema se convirtió en una preocupación para los teóricos de la Economía Política, los cuales van a observar el fenómeno como una condición en la cual múltiples factores configuran un solo fenómeno:

Si la población económicamente activa de un país era la mayor fuente de su potencia productiva, y si era deseable que esta potencia se incrementara, se seguía que el crecimiento de la población debía ser estimulado. Tal al menos era la conclusión de muchos que escribían o estaban encargados de su formulación. Por lo tanto era a menudo urgido, especialmente antes de mediados del siglo XVIII, que los números fueran incrementados. Era supuesto que este objetivo podía ser realizado a través de medidas directas destinadas a incrementar la nupcialidad y fecundidad, a disminuir la mortalidad, a aumentar la inmigración, y a disminuir la emigración (excepto en aquellos casos en que se juzgaba esencial para la evolución colonial o para la operación de centros de comercio altamente provechosos situados en zonas extranjeras). Medidas de esta especie fueron abrogadas frecuentemente, y en una cantidad de países algunas medidas fueron ordenadas en leyes o decretos, aunque pocas, si alguna, fueron efectivamente incrementadas.³

El problema de la población, de la producción y de sus condiciones de bienestar es pues una constante del pensamiento económico, el cual como teoría de la producción es un fenómeno propio del capitalismo. Los demógrafos, como una versión desarrollada, amplia del estudio de la población, aportan en sus reflexiones epistémicas de vecindad con otras ciencias, la versión de esta relación entre crecimiento económico y población.

El método directo para la estimulación del crecimiento de la población llegó a ser cuestionado en el siglo XVIII. Después de 1750 era aceptado crecientemente

² Philip M. Hauser y O.D. Duncan, *El estudio de la población*, Comisión de Educación Estadística del Instituto Interamericano de Estadística, Rosario, Argentina, 1963, vol. 3, p. 1118.

³ *Ibidem*.

que la población tendería a desarrollarse solamente en la medida en que los medios de subsistencia (o existencia) fueran disponibles y se tuvieran a través del empleo productor de ingresos. Se concluía, por lo tanto, que las medidas destinadas directamente al crecimiento de la población no eran solamente innecesarias sino perjudiciales por cuanto tendían a hacer más alta la fecundidad que lo que la corriente de subsistencia garantizaba, y en que desviaban los recursos de usos productivos e improductivos.⁴

Para el pensamiento económico, el problema de cómo remediar la pobreza se reducía a hacer que una economía funcionara eficiente y efectivamente, lo cual se lograría en la medida en que prevalecieran las condiciones de lo que Adam Smith llamó la "libertad natural".

El pensamiento económico, junto con la realidad, su objeto de estudio, habían evolucionado hasta ubicar el problema como una cuestión ligada a la libertad. Esto, teóricamente, traería un desarrollo adecuado de la población; aunque probablemente habría demasiados nacimientos a menos que, como señalaron Malthus y David Ricardo, instituciones y hábitos prevalecientes sufrieran una modificación conveniente y se dirigieran hacia una restricción prudencial y suficiente.

Este punto de vista permaneció dominante en la literatura sobre economía al menos hasta la Primera Guerra Mundial; pero fue sujeta a una variedad de críticas, especialmente a fines del siglo XIX cuando el clima de opinión estaba de nuevo llegando a ser un tanto más favorable a la intervención del estado en los asuntos económicos y afines. Por supuesto, esta opinión fue rechazada por Karl Marx y la mayoría de sus discípulos, por varios otros críticos de la economía y por muchos economistas ortodoxos.⁵

De lo anterior se desprende que, para la Economía, la preocupación sobre la pobreza se ligó directamente con el del crecimiento de la población.

Generalmente los economistas aceptaban la opinión de que el objetivo de la actividad económica era una escala o estándar de vida relativamente alto y creciente.⁶

Se ha podido observar como una de las Ciencias Sociales, la que mayor precisión ha logrado: la Economía, en su relación con la Demografía, una de las ciencias más sofisticadas en cuanto a su instrumentación empírica, ubica el problema de la pobreza como un resultado de la regulación de la fuerza de trabajo en un mercado capitalista. La preocupación dentro del capitalismo por una teoría de la población que evite la pauperización creciente se hace una necesidad desde el punto de vista de este razonamiento.

Por tanto queda como un prejuicio calificar el intento malthusiano como una teoría que ubica el problema de la pauperización en la existencia misma de los pobres.

Si las ciencias sociales, a través de la relación Economía-Demografía tienen en su seno una preocupación por la población, su bienestar y su desarrollo; lo mismo que de los mecanismos regulatorios de la población para que estos estadios de la sociedad puedan darse, queda un punto a resolver: ¿cuál es la perspectiva de la otra ciencia, de la Sociología?

⁴ *Ibid.*, pp. 1118-1119.

⁵ *Ibid.*, p. 1119.

⁶ *Ibid.*

Desde un punto de vista, la Sociología en relación con la Demografía:

comprende descripciones y generalizaciones no cuantitativas respecto a normas y estructuras sociales que no son expresadas en términos rápidamente tratables de cuantificación.⁷

La Demografía observaría las características distributivas de una sociedad, más que conceptos como "cultura" y "estructura social".⁸

Sin embargo, en un grado más elevado de sofisticación, la teoría sociológica tiene como objetivo de generalización la identificación de universales en los sistemas sociales.

Desde esta perspectiva hay tres factores que son reglas generales para cualquier sociedad:

- 1) Reproducción
- 2) Socialización (transformación de hijos ignorantes en adultos instruidos y equilibrados)
- 3) Grados de fecundidad y mortalidad, los cuales no son exclusivamente fenómenos biológicos.

Aquí la teoría sociológica tiene importantes aportaciones en cuanto a los distintos tipos de sistemas familiares, los cuales, al ligarse a altas tasas de fecundidad y sistemas de familia extensa, son incompatibles con sociedades industriales urbanas.

De estos sistemas familiares se pueden esperar configuraciones de modelos en sistemas de estratificación tales como la división del trabajo y desigualdad en las condiciones de vida.

Si como ya dijimos la fecundidad humana no está bajo estímulos biológicos exclusivamente, su regulación tiene características institucionales.

Aquí las propuestas y discusiones de los sociólogos-demógrafos Lorimer y Davis, tienen una gran importancia: ambos aceptan la pertinencia de la teoría sociológica y ambos van a encontrar en esto funciones. Sin embargo Davis emplea el funcionalismo para alcanzar niveles de generalización aplicables a todas las sociedades o a diferenciar entre un número limitado de tipos de sociedades para los cuales a su turno, son intentadas las generalizaciones. Lorimer por su parte discute también la influencia de la desorganización social aguda, los valores religiosos y la introducción de influencias occidentales sobre salud y producción económicas.⁹

Esta diferenciación de campos y universos poblacionales regulados institucionalmente conforman un espacio de discusión propio que representan:

"tópicos especiales" que tratados desde la perspectiva sociológico-demográfica son subsistemas organizados de sociedades específicas: la familia, la comunidad urbana.

Una ilustración aún más específica de la combinación de hechos demográficos y sociológicos se refiere a la composición de la familia. Diversas generalizaciones componentes deben ser combinadas para derivar una generalización

⁷ Wilbert Moore, "Sociología y demografía", en Hauser, *op. cit.*, p. 1171.

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*, p. 1177.

ulterior y ponerla en perspectiva: 1) la norma en el sistema familiar americano es por residencia en nuevo local, esto es, la separación residencial de las generaciones con el casamiento de los hijos. 2) Las principales excepciones son: a) la duplicación "estacional" durante los años iniciales de matrimonio donde el "jefe" de la familia es todavía de la vieja generación, y b) residencia de un padre anciano (raramente ambos) con un descendiente casado donde "el jefe" de la familia es de la generación joven.¹⁰

En lo que respecta a los aspectos urbanos:

La ciudad no solamente es típicamente caracterizada por los modelos de fecundidad y mortalidad distintivos sino que también crece en parte típicamente por accesos migratorios lo mismo que por crecimiento natural. Estas variables demográficas son el resultado de y dan por resultado composiciones diferentes por edad y sexo. El análisis sociológico de la ciudad, incluyendo la teoría y los métodos de la ecología humana confían de este modo, en parte, sobre el uso de datos y procedimientos demográficos. Pero estos datos son importantes no solamente para el análisis estático o transversal, como causas, condiciones o correlaciones de otros fenómenos sociales. En teoría sociológica el principio de la "dominancia metropolitana" y el rol de la ciudad como un centro de difusión de nuevos valores y prácticas atribuye a la urbanización un eslabón principal en la cadena causal que resulta en fecundidad reducida y el sistema de familia pequeña.¹¹

Se puede afirmar que los estudios de Demografía y las relaciones que tienen la Economía y la Sociología como campos adyacentes al estudio de la población, tienden al establecimiento de formas agudizadas de estudio de la sociedad.

Hemos revisado algunas propuestas sobre la relación de la sociedad básicamente desde la visión de las Ciencias Sociales y Económicas, las cuales tienen como compromiso el desarrollo social en base a la distribución de la riqueza producida en ella.

Sin embargo, este tema y otros que el estudio demográfico sugiere, llevan a plantearse un problema en cuanto a términos de reproducción de la misma sociedad: la fecundidad y sus grados.

Como tal, el corolario generalizado que este campo de reflexión tiene es el de que en la medida en que la sociedad se desarrolla industrialmente pasa a un estadio en el cual la fecundidad tiende a reducirse.

La población regulada por instituciones sociales tiende a reducir a la familia y deja en muchas circunstancias la posibilidad de que el matrimonio se oriente a otros satisfactores que no sean la reproducción o fecundidad poblacional, y pasa inclusive a dejar la posibilidad de que el celibato, la autonomía personal y un mayor grado de autonomía individual pueda darse en la sociedad, incluso planteando posibilidades de desarrollo individual más amplias.¹²

¹⁰ *Ibid.*, p. 1181.

¹¹ *Ibidem.*

¹² Elisabeth Jelin, "El celibato, la soledad y la autonomía personal: elección personal y restricciones sociales", *Estudios demográficos y urbanos*, no. 10, vol. 4, núm. 1, enero-abril 1989.

La larga lista de variables intermedias establece claramente que el nivel de la fecundidad puede ser controlado por una cantidad más amplia de factores que las generalmente consideradas. A medida que se ha ido disponiendo de datos contemporáneos de sociedades con fecundidad alta, se ha hecho evidente que ésta puede producirse por una combinación de variables intermedias muy diferentes. Coale y Tye han demostrado que la alta fecundidad "china" tiene su origen en matrimonios tardíos y de tasas muy altas de reproducción en el último periodo de la vida fértil. La alta fecundidad de la India se basa en matrimonios en edades muy tempranas con tasas altas de reproducción en los primeros años de la vida fértil y una brusca declinación en los últimos años.¹³

II

Podemos afirmar que hay tres significados que podemos distinguir al hablar sobre la pobreza; 1) social; 2) pauperismo; y 3) pobreza moral.

La situación de la población tiene una caracterización diferente según el tipo de sociedad de que se trate. En la sociedad industrializada, no es ya una indigencia o indefensión la que se presenta. La pobreza hace referencia principalmente al alejamiento de la igualdad comunitaria ideal y como proyecto de la sociedad para reconocerse en una realidad indiferenciada.

En las sociedades en proceso de desarrollo, como bien señala el historiador inglés, Eric Hobsbawm:

La pobreza supone no solamente la desigualdad económica (de propiedad, renta, niveles de vida, etc.) sino también la desigualdad social. En este sentido, la pobreza es relativa, no indicando un nivel particular de renta o propiedad, aun cuando en las economías preindustriales y subdesarrolladas el nivel que normalmente define al individuo (no siempre a la clase) como "pobre" no se halla muy lejos del de subsistencia.¹⁴

Esta definición no excluye el fenómeno económico conocido como explotación, el cual genera una cantidad de plusvalía la cual, en condiciones de reproducción ampliada es absoluta o relativa. Esta producción de la riqueza, su forma, su cadencia produce desequilibrios que rompen una situación comunitaria para dar lugar a una población nueva, que ha perdido las condiciones de vida comunitarias anteriores. A este fenómeno se le conoce como pauperismo, el cual

describe una categoría de personas incapaces de mantenerse a sí mismas en absoluto, o de mantenerse al nivel convencionalmente considerado mínimo, sin asistencia exterior. En todo caso, presupone la fijación de un nivel mínimo por debajo del cual no debe quedar nadie, y con frecuencia presupone también un modelo de relaciones sociales que señala que pobres tienen derecho a la asistencia pública y quien ha de prestarla.¹⁵

¹³ Ronald Freeman, "Sociología de la fecundidad humana", en *Factores sociales de la fecundidad*, México, El Colegio de México-CELADE, 1967, p. 41.

¹⁴ E. J. Hobsbawm, "Pobreza", *Enciclopedia de las Ciencias Sociales*, Nueva York, 1968, p. 398.

¹⁵ *Ibid.*

Esta percepción de la pobreza define una valoración de ella, la cual funciona en el sistema correspondiente dentro de la sociedad: es decir, define si la pobreza es moralmente aceptable y qué posición social confiere o de cual priva al pobre. En las sociedades estratificadas suelen coexistir ciertos valores de la pobreza; así por ejemplo será una "vergüenza" o un castigo por los pecados para algunos, un motivo de orgullo para otros o ambas cosas al mismo tiempo.

La sociedad industrial trae consigo el fenómeno de la división de la sociedad en clases, con las desventajas de apropiación del excedente ya mencionado. La existencia de una clase trabajadora, compone una nueva organización de la sociedad.

También la industrialización se encuentra en el origen de nuevas formas de organización social, como el sindicato de trabajadores, el cual gestionará mejoras y ventajas para esta población. Y, en un momento dado, en coincidencia con el Estado, se convertirá en un impulso a la creación de políticas públicas que buscan el bienestar y mejores condiciones de vida. Es así que las condiciones de indigencia fueron quedando en la memoria histórica de las sociedades industriales.

Esto, como bien lo reconoce Ralph Milliband,¹⁶ va a ocurrir después de la Segunda Guerra Mundial. También, y de manera definitiva, la política de clases quedará disuelta en la política electoral de partidos: para el pobre los obstáculos quedan pero no son insuperables.

III

La Economía política desde David Ricardo tiene una preocupación por la distribución del ingreso. Pese a los esfuerzos hasta ahora realizados, las políticas distributivas no llegan al grado de perfección que han alcanzado la producción y sus condiciones de financiamiento.

Los teóricos franceses como Eric Vatterville no encuentran otra solución que el acuerdo sobre la base de cuadros fijos, resultado de una programación en cantidades físicas de un programa de valores. Estos cuadros son la expresión social de acuerdos de clase.

Sin embargo, las dificultades, pese a la objetivación de intereses por parte de los diferentes factores, se conjugan para poner en evidencia la necesidad de una acción consciente sobre los ingresos.

En detrimento del rol, ya de por sí considerable, jugado por los poderes públicos en el sistema de economía mixta, la evolución de los ingresos no se ha dado conforme a los objetivos de largo plazo de la sociedad y a las exigencias de la coyuntura.

Una vez admitido el principio de tal acción, que se conoce como "regulación de ingresos", es necesario estudiar los medios técnicos susceptibles de conferirle eficacia.

Una acción sobre los ingresos puede ejercerse en dos momentos principales: cuando se prepara su utilización o en el momento de su formación. La primera técnica, la más antigua, tiene sobre todo el objetivo de corregir las desigualdades sociales. La segunda se orienta a corregir los desequilibrios económicos.¹⁷

Si el problema de la distribución de los ingresos es clave para resolver el asunto de la pobreza, hay otros que no lo son menos.

¹⁶ "Politics and Poverty", en Dorothy Wedderbron, *Poverty, inequality and class structure*, Cambridge University Press, Great Britain, 1974.

¹⁷ Eric Vatteville, *Stratégie pour la repartition des revenus*, Paris, Económica, 1975, p. 76.

Para James Tobin, la inflación y el creciente desempleo que se vivieron durante la década de los setenta en los países capitalistas, deben recibir una atención especial.

Las medidas antinflacionarias aplicadas en los Estados Unidos y otros países industrializados, agravaron ese creciente desempleo. En el caso concreto de los Estados Unidos éste creció por arriba del 11% y como efecto de la política adoptada a partir de 1981 por el gobierno del presidente Reagan, la pobreza aumentó: el quintil inferior vio que su participación en la distribución del ingreso se redujo medio punto porcentual y el siguiente quintil se redujo en más de un punto.¹⁸

Sin embargo, para Tobin, entre los problemas del desempleo y la pobreza no hay una correspondencia exacta. Hay desempleados que no caen en la definición técnica de pobreza y hay pobres que tienen empleo.

El problema de la pobreza es más complejo. Si para solucionar el desempleo y luchar en contra de la inflación el camino es abrir la economía a la competencia, es decir, dar al mercado su carácter de regulador de la competencia, para la lucha en contra de la pobreza deberán idearse programas que logren romper el círculo vicioso que hace que en determinados grupos sociales la pobreza tienda a perpetuarse.

Estos grupos sociales varían de país a país. La explicación de este hecho parece ubicarse en dos cuestiones centrales: los grupos que están llamados a mantenerse en los niveles inferiores de ingreso son aquellos que poseen una menor educación, una mayor edad, o que sufren las consecuencias de la discriminación sexual o racial.

Así, en los Estados Unidos, por ejemplo, los más pobres son negros, de origen hispano, indios o mujeres que son cabeza de familia. La mayoría de ellos son los habitantes de los ghettos, es decir, cuya cotidianidad está constituida por pobreza, ignorancia, enfermedad, violencia y desintegración familiar.¹⁹

En Europa, se ha observado desde los años setenta, que el problema más urgente a resolver en relación a la pobreza es el que se presenta en la población que dio soporte al crecimiento económico acelerado de la posguerra, pero que al jubilarse —uno de los logros de la seguridad social que se extiende en esos años— la reducción de ingresos que el retiro significa, los coloca en una situación de pobreza relativa, socialmente inaceptable, dada su participación en la riqueza acumulada.

La inflación, acelerada en los años setenta y controlada en los años ochenta, puso al descubierto la magnitud del problema. Hay estudios que muestran que el problema representado por ese grupo de las personas de mayor edad, es el que ha resultado más difícil de solucionar.

En Francia, por ejemplo, en la década de los sesenta se sabía que en las zonas urbanas los ancianos eran los que mayormente soportaban la pobreza. Sin embargo, en ese momento, los más pobres no eran ellos sino los campesinos.

La pobreza del campesino empobrece a los que lo rodean; la miseria engendra la miseria. Se han comparado esas regiones de Francia pobre a los países subdesarrollados del Tercer Mundo: tanto en un caso como en el otro sería preciso, para salir de apuros, dinero y técnica.²⁰

¹⁸ James Tobin, *Policies for prosperity. Essays in a Keynesian Mode*, The MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1987, p. 81.

¹⁹ Para un análisis de la pobreza en los Estados Unidos y los programas puestos en marcha para su erradicación, véase: Paul A. Samuelson y William D. Nordhaus, *Economía*, México, McGraw-Hill, 12a. ed., 1988, pp. 904-922.

²⁰ Paul Marie de la Garre, *La Francia pobre*, Barcelona, Nova Terra, 1971, p. 81.

Los años setenta y ochenta fueron testigos de la gran transformación de Francia en un productor de alimentos de primer rango. La situación de los campesinos mejoró de manera notable, lo cual alejó la sombra de la miseria de las zonas rurales del país.

Por el contrario, el caso de los ancianos se mantuvo y, como señalamos más arriba, se agravó.

En los países del Tercer Mundo son, en términos generales, los habitantes de las zonas rurales los que viven en las peores condiciones. En aquellos países en los que se ha iniciado un proceso de industrialización, los campesinos que emigran a las ciudades en busca de mejores condiciones de vida, se convierten en múltiples ocasiones en los habitantes de los cinturones de miseria que se crean alrededor de las grandes ciudades.

Sin duda, en México la mayor marginación se da entre los grupos campesinos indígenas y los habitantes de las ciudades perdidas. Casi en su totalidad, los 17 millones que viven en condiciones de pobreza extrema pertenecen a estos dos grupos.

El problema, aunque a distinto nivel, se plantea prácticamente en todas las sociedades del orbe. ¿Cómo combatir los rezagos de ciertos grupos que se mantienen en condiciones muy por debajo de la mayoría, o de lo que se considera aceptable?

Los estudios hasta ahora realizados por economistas, sociólogos, antropólogos, a lo largo y ancho del mundo, han permitido identificar los aspectos hacia los cuales deberán dirigirse los programas en contra de la pobreza: educación, nutrición, vivienda y salud. Mismos que, además, cuentan con la ventaja de asegurar que su mejoramiento tendrá un impacto favorable en la economía del país, al aumentar las posibilidades de eficiencia y productividad.

La erradicación de la pobreza ha sido un objetivo mucho más difícil de cumplir de lo que calcularon los proyectos elaborados durante los años dorados del capitalismo. A pesar de los esfuerzos por abatir los niveles de pobreza en Estados Unidos y en el mundo, tal y como se lo propuso el Presidente Kennedy con su proyecto de "Guerra a la Pobreza" en su país y el auspicio de la "Década del desarrollo de Naciones Unidas", el problema persiste.

En el caso del Tercer Mundo, la exitosa experiencia de la reconstrucción europea al final de la Segunda Guerra Mundial, no ha podido trasladarse con los efectos deseados. La formación de capital, particularmente impulsada por la construcción de grandes obras de transporte, energía eléctrica e infraestructura urbana, fue apoyada en un primer momento por organismos como el Banco Mundial, el encargado de la coordinación de los proyectos para la reconstrucción europea, y que coordinaba los flujos de créditos blandos destinados a crear las condiciones del desarrollo en los países de Asia, Africa y América Latina.²¹

Sin embargo, al cabo de dos décadas de crecimiento estos países mostraban que uno de los principales resultados del mismo había sido la acentuación de las condiciones de desigualdad económica y social. Esto ha obligado a replantearse los programas de ayuda al crecimiento para enfatizar, al igual que en los países más avanzados, la necesidad de combatir a la pobreza a través de inversiones en capital humano.

Las políticas para reducir el desempleo y la pobreza son perfectamente compatibles —contrariamente a lo que muchos señalan, desde los economistas ultraconservadores hasta los representantes de las Iglesias— con el crecimiento económico. Como bien señala Tobin:

²¹ Para un análisis de este problema, véase el libro de William P. McGrewy, *Third World Poverty*, Massachusetts, Lexington Books, 1980.

No hay razón, ni lógica ni resultado de la experiencia, para creer que el capitalismo debe ser inhumano e injusto para poder ser exitoso. Los veinticinco años posteriores a la Segunda Guerra Mundial fueron un periodo de crecimiento y prosperidad sin precedentes en Estados Unidos y en todas las naciones capitalistas democráticas. Y fue también el periodo de expansión de los programas públicos de seguridad económica y social.²²

Las principales críticas que se han hecho en contra de los programas de erradicación de la pobreza manejan el mismo criterio que se ha utilizado para mantener una redistribución inequitativa de la renta: los impuestos progresivos afectan los niveles de ahorro e inversión dado que afectan a los ricos, los únicos que ahorran.

La evidencia empírica demuestra la poca verdad que encierran estos argumentos. Sin embargo, existen también datos que muestran que muchas veces los programas contra la pobreza se han traducido en factores que destruyen la eficiencia, en lugar de ser la inversión en capital humano que sus defensores aseguran llevará a romper el círculo vicioso de la pobreza.

Los programas adoptados por el Estado de bienestar en las principales sociedades capitalistas avanzadas contemplan, en su mayoría, los siguientes elementos: bonos de alimentación, ayuda en efectivo para alimentos, vestido y vivienda, apoyo en efectivo a las familias pobres con hijos económicamente dependientes, servicios médicos gratuitos, el seguro de desempleo y, en ciertos países, ayuda directa para la compra de energéticos.

A principios de la década pasada, a veinte años de haberse implantado los programas de ayuda en Estados Unidos, un gran número de ciudadanos se encontraba a disgusto con los resultados de los mismos. Si para una gran parte de la opinión pública existían enormes abusos que obligaban a replantear la necesidad de continuar con los programas de asistencia social, la opinión de los encargados de distribuir esta ayuda y de otros profesionales directamente ligados a esta cuestión (trabajadores sociales, psicólogos sociales, abogados, etc.), tampoco es favorable a la continuación de programas que, como han sido instrumentados hasta hoy, tienden a provocar efectos sociales y psicológicos secundarios no deseados.

La necesidad de reformar a fondo los programas de la asistencia social ha sido propuesta por economistas de posiciones político-ideológicas diferentes. Milton Friedman, James Tobin y Paul Samuelson, son algunos de los principales.

Sin embargo, hay un hecho evidente. Los economistas no tienen una respuesta aceptable de como continuar con los programas encaminados a elevar el nivel de vida de aquellos que se mantienen al margen de los grandes avances sociales logrados por el capitalismo.

IV

La pobreza continúa siendo, como en la época de Adam Smith, un problema complejo, difícil de aprehender y, como se ha demostrado en los años de crecimiento acelerado del siglo XX, no tiene una solución ni fácil ni rápida.

La salida para los grupos minoritarios en los países capitalistas más avanzados y para grandes sectores de la población en los países del Tercer Mundo, amerita de un

²² J. Tobin, *op. cit.*, p. 493.

esfuerzo por encontrar fórmulas nuevas, de mayor aceptación social, y técnicas más eficaces que logren romper con el llamado círculo de la pobreza.

¿Qué mecanismos de distribución de la riqueza serán capaces de erradicar la pobreza de las sociedades contemporáneas, sin producir atraso e ineficiencia económicos que a la larga se traducen en descontento político y social?

El reto para las Ciencias Sociales esta planteado.

